

# Las bicicletas



**ROBERTO BRAVO**

El año había sido malo y bueno a la vez, por una parte había terminado la primaria, con calificaciones regulares si se quiere pero la había concluido; podría ingresar a la secundaria, de la que acababan de salir mis hermanos mayores. Por fin iba a conocer esa esfera superior de la vida en la que se tenían novias y algunos estudiantes relaciones con mujeres, fueran éstas sus compañeras o las de la casa de asignación; esa esfera donde se fumaba y hasta llegaba uno a emborracharse. Esa expectativa me hacía feliz. Por otra parte, tenía una relación difícil con mi padre, me habían expulsado de la escuela por tocar los senos a una de mis compañeras y las calificaciones del primer semestre habían sido un desastre. Salí adelante gracias a que tomé clases particulares y a la plática que tuvo mi papá con el director de la escuela; a ella siguieron los compromisos subsecuentes que contrajo con él: papá era juez y el director tenía un trapiche clandestino.

Nunca antes mi situación fue tan crítica como por esos días, el Día de Reyes se acercaba y en casa papá me aplicó una “ley del hielo” que por las noches me hacía soñar que él no era mi padre y que otro, el verdadero, llegaría en cualquier momento para rescatarme y prodigarme atenciones. ¿Cómo era posible que se me hostigara de esa manera? Si yo me acercaba a un lugar donde papá estuviera, al llegar yo él inmediatamente se iba. Si Mamá le decía algo por su actitud al momento alegaba que yo era así por su culpa y entonces discutían entre ellos hasta enojarse lo que se dice verdaderamente. Mis hermanos cometían perjuicios también, eran castigados y el asunto se olvidaba luego. ¿Por qué en mi caso no era así?

Mis calificaciones ya estaban bien y tomar los senos a Teresa fue un convenio entre ella y yo. El culpable de todo fue al maestro de cuarto año que nos descubrió y escandalizó a todos: me dio de golpes en la espalda y a ella la abochornó. ¿Todo eso no era suficiente castigo para mí? ¿Es que su juicio era aún más poderoso que el de Dios a quien ya había pedido perdón? Dios

me había perdonado, de eso estaba seguro y confiaba a Él todas mis cosas, sin embargo yo no era un santo para conformarme y vivir en soledad. Aspiraba a tener y disfrutar lo mismo que mis hermanos, a igual que ellos, tener un lugar en la casa.

Según mis hermanos mayores fueron ingresando a la secundaria el día de Los Reyes Magos, durante la noche del 5 de enero, les regalaba una bicicleta que amanecía al pie del árbol y al lado del nacimiento: ésa era la tradición de la casa. Eso mismo esperaba yo; ni una sola duda tenía al respecto a pesar de que mi madre me dijo que Los Reyes evaluaban la conducta antes de dar los obsequios. Al ver pasar a las gentes en sus bicicletas pensaba ¿cómo irá a ser la mía?

El Güero Licona me dijo por la mañana de aquel 5 de enero: “No seas tonto, si tu papá está enojado contigo Los Reyes Magos no te van a traer nada, no sabes que Los Reyes son los papás”. Me reí de el Güero, por eso casi no te traen nada le contesté, no crees en ellos.

Después de la cena se nos ordenó acostarnos y mis padres salieron. No podía dormir, no por lo que dijera el Güero, sino porque Dios no me hubiera perdonado. Era verdad que yo caía en todas las tentaciones que se me aparecían, pero también era verdad que siempre fui su fiel devoto e iba misa.

Fui el primero en despertarme y me dirigí a la sala, las bicicletas estaban al pie del nacimiento y del pino cubierto de esferas: limpias, imponentes, no imaginaba esa mañana sin ellas al pie de los motivos navideños. La más grande, que a pesar de ello me pareció pequeña, debía ser la mía; era verde y me extrañó que no tuviera cuadro.

Al acercarme y ver los tarjetas que indicaban para quiénes eran los regalos me di cuenta que la bicicleta verde y sin cuadro era para mi hermana y la otra pequeña para Jorgito. Pensé que Los Reyes habían cometido un error e hice los cambios correspondientes: quité la tarjeta que tenía el nombre de mi hermana y puse la que decía el mío, luego me acosté nuevamente, esperé un momento, le hablé a mi hermano, lo desperté para que fuéramos a ver los regalos.

Cuando mi padre me escuchó decir: “¡Qué bonita bicicleta me trajeron Los Reyes!”, fue a la sala y arrebátandome la: “¡Esta bicicleta es para Beatriz!”, dijo. Sin poder creerlo y con una rabia que llegó hasta mi boca le pregunté: “¿Y tú? ¿cómo lo sabes?” como respuesta obtuve un bofetón que me envió a los brazos de mi madre que presenciaba la escena. 🍷